

LAS IDENTIDADES CAMBIANTES DEL 98 PUERTORRIQUEÑO: NACION, PATRIA Y CIUDADANIA, 1887-1904

Astrid Cubano Iguina
Universidad de Puerto Rico

El 28 de julio de 1898 el General estadounidense Nelson A. Miles, al mando de las tropas de ocupación militar en Puerto Rico, animado por la cálida recepción de que fue objeto en la ciudad de Ponce, dirigió una proclama a los puertorriqueños ofreciéndoles “el apoyo armado de una nación de pueblo libre” y prometiendo “protegerles de la opresión.”¹ Al hacerlo tocaba las fibras más sensibles de gran parte de la población, sin que la aparente contradicción de las palabras *libre* y *armado* despertase preocupaciones. Tras varias décadas de estar expuestos al discurso liberal criollo, los puertorriqueños se mostraban altamente receptivos y dispuestos de dotar de significado pleno y coherente al conjunto de palabras del General Miles.

De hecho, al momento de la invasión los puertorriqueños se encontraban en medio de acaloradas discusiones políticas. Constituían una población iniciada en la cultura de los partidos políticos de masas. Hacía menos de un año que había comenzado el proceso de establecer un gobierno criollo bajo el marco legal de la Carta Autonómica concedida por España en noviembre del 97. Los hombre adultos habían acudido a las urnas por primera vez en régimen de sufragio universal masculino y con un alto porcentaje de participación para elegir representantes al Parlamento insular. Los alcaldes se dirigían al público empleando la palabra de *ciudadanos*, y en varios pueblos se habían celebrado fiestas de alto contenido patriótico para inaugurar el nuevo régimen que llamaban *libre* bajo la nación española. Por ejemplo, en el municipio de San Germán los nuevos “ciudadanos” junto a los integrantes del gobierno municipal plantaban la “Ceiba de la Libertad”, género de lo que esperaban se convirtiese en un robusto árbol que habría de simbolizar la apreciada condición civil de que se sentían poseedores. Mientras, se oían los acordes de la danza “La Libertad” creada para la ocasión por un compositor local.²

En este trabajo quisiera explorar primero, a manera de antecedente, la forma en que la identidad política y civil había copado la estructura simbólica que envolvía a los puertorriqueños del 98 y daba significado a sus vidas. La elite política e intelectual había logrado incorporar a una parte importante de esa generación de puertorriqueños a la articulación de identidades contradictorias contenidas en los conceptos de *Patria*, para referirse a lo que también llamaban el “terruño” que les había visto nacer, y *Nación* para aludir a la matriz española donde querían imaginarse contenidos también por derecho de nacimiento y como vía disciplinaria autoimpuesta para la supuesta superación cultural de una población analfabeta y rural en su mayoría. La “hispanización” se asumía como proyecto de futuro para la regeneración desde el poder de mayoría de la población todavía ajena a la letra y a tradiciones como la familia patriarcal y la re-

¹ Ver texto citado en Pagán (1972) v. 1, p. 23.

² Torres Oliver, p. 35.

ligiosidad institucional de los criollos. Se mezclaba la ideología liberal criolla integradora con otras directrices claras, portadoras de temores sociales y racistas que en distintas ocasiones expresaron los líderes José Pablo Morales, Rosendo Matienzo Cintrón y Manuel Elzaburu Vizcarondo, entre otros.³ Finalmente, la *ciudadanía* era la condición que dotaba a los hombres movilizados de "libertad", una construcción imaginaria que habría de operar en un sentido estrictamente individual para crear una especie de colonialismo por consentimiento de los gobernados, borrando las implicaciones de dominación unilateral implicadas en el pacto del Partido Liberal con el jefe del gobierno español, Práxedes Mateo Sagasta, como jefe máximo del mismo Partido Liberal Español. No faltaban así algunos de los elementos de dominación que caracterizaban el imperialismo a nivel mundial a finales del siglo XIX.

El montaje simbólico criollo fundía elementos racionales y románticos. Basado en lazos de afecto sincero por lo que imaginaban era la cultura española (que en ocasiones veían enraizada en las tradiciones "latinas" para contraponerla a la anglosajona), simultáneos al afecto espontáneo por la "patria chica", tenía en buena parte el carácter de proyecto de poder consciente o estrategia calculada destinada a proporcionar el acceso al poder político desde donde construir una nueva sociedad a su imagen y semejanza. En otros textos, sin embargo, se lee entre líneas que los líderes políticos se llamaban a sí mismos puertorriqueños, nunca españoles, y se sentían claramente distintos de los verdaderos "españoles" que era el nombre que daban a los provenientes de cualquier provincia o región peninsular o insular bajo el gobierno de Madrid.

Es indispensable para comprender la persistencia de este conjunto de percepciones considerar la fuerza de las identidades políticas construidas por los intelectuales y líderes criollos entre 1887 y 1897, y sólidamente cimentadas sobre prácticas sociales vigentes. En el transcurso de esa década, la elite política criolla se proyectó como defensora del derecho al voto de todos los hombres adultos y logró dar forma a un partido de masas de discurso marcadamente paternalista, en cuanto percibía al partido como escuela de civismo y libertad, condición de los hombres que cumplían con sus deberes de trabajo y se alejaban de los vicios.⁴ También apeló a la integración étnica puertorriqueña, aunque sin darle excesivo protagonismo y sin descuidar la idea de que las más altas metas estaban en la pertenencia a la entidad de "cultura superior" que era España. A pesar de estar construido sobre relaciones sociales enormemente desiguales, en un establecimiento colonial escindido por profundas tensiones de clase y raza, el Partido Autonomista, llamado Liberal a partir de 1897, canalizó el descontento de la población masculina campesina y jornalera hacia la lucha partidista basada en la identificación de esa población masculina movi- lizada con el liderato criollo.

Los rituales de la ciudadanía se habían forjado en un movimiento de contenido cívico que convirtió a la elite política autonomista en campeona de la lucha por la libertad. Relataré un incidente que contribuye a esclarecer ese proceso que se despliega en la mencionada década de 1887-1897. Una de las primeras anclas de cohesión empleadas durante esa década surgió durante las persecuciones del gobierno colonial contra reconocidos líderes autonomistas y campesinos en 1887. En ese año se acababa de fundar el Partido Autonomista Puertorriqueño despertando las sospechas del Partido dominante (el Incondicional Español). Los incondicionales acusaron a sus nuevos contrincantes de ser conspiradores del separatismo. El conflicto se agudizaba debido a que algunos autonomistas (especialmente pertenecientes al círculo subalterno y posiblemente más joven del liderato) también formaban parte de sociedades secretas para boicotear a los comerciantes españoles residentes en la colonia.

³ Cubano (1997); Elzaburu (1971).

⁴ Ver discurso de campaña política de Rosendo Matienzo Cintrón citado por Díaz Soler (1960), pp. 123-125.

El movimiento clandestino tendía espontáneamente a adquirir un carácter marcadamente étnico ya que enfrentaba a puertorriqueños involucrados en las sociedades secretas, contra los españoles residentes, apelando a los sentimientos patrióticos de los campesinos, sentimientos que se proyectaban como cuestión de honor y de hombría.⁵ Los líderes de la resistencia nativa crearon un lenguaje secreto, todo un montaje de rituales y señas compartidos solo por los iniciados. Se estableció la categoría de “seco”, para referirse al puertorriqueño de nacimiento que no habían llegado por vía marítima a la isla, y la de “mojado” para el inmigrante español que habían llegado tras cruzar el Atlántico.

Sin embargo, el liderato autonomista más destacado, sin duda remiendo que el conflicto adquiriese realmente tonos separatistas, insistía en el carácter racional y civil del conflicto. El alineamiento se refinaba para transformar la lucha en una de derechos de los puertorriqueños a una mejor vida. Fue precisamente Manuel Fernández Juncos, un asturiano de tendencias republicanas residente en San Juan y colaborador del autonomismo, quien se mostró particularmente deseoso de dotar de contenido cívico al conflicto. En un revelador poema, Fernández Juncos define los contenidos de las palabras “seco” y “mojado”. Un *mojado* era:

Hombre altivo, codicioso,
cerril y duro en el trato,
que cobra siempre al barato
y al mando le hace el oso;
que sin tregua ni reposo
va llenando su granero
a costa del pueblo entero
que le tira del arado;

Por otra parte, un *seco* era:
Pobre jíbaro indigente,
con la explotación en guerra
a quien nunca da la tierra
lo que pide el Intendente;
del trabajo en la pendiente
a la usura vil atado,
y más *limpio* y *urancado*
que las mangas de un chaleco;

Pero no es un movimiento de clase lo que Fernández Juncos interesa definir. Así sucesivamente incorporará categorías sociales diversas hasta dotar a la dimensión de *seco* de un carácter de movimiento cívico en el que caben diversos grupos de la sociedad que comparten el sentirse oprimidos por el régimen español. De esta forma un *mojado* también era un funcionario corrupto:

Papelista remolón
que hizo su agosto en un día,
profanando en la alcaldía
el municipal sillón,
sin más ley ni más razón
que el propio gusto y provecho,
pues a todo da derecho
el ser del cacique ahijado;

⁵ Ver al respecto la poesía de Francisco Gonzalo (Pachín) Marín.

El *seco* era en cambio el candidato a empleo público sin posibilidades de ascenso, o el industrial sin apoyo gubernamental:

Cesante sin compostura
o industrial sin protección,
a quien la administración
matar de anemia procura,

[...]

Igualmente, el *seco* era:

El profesor de enseñanza
flaco, débil y afanoso,

[...]

Finalmente, el movimiento se define a favor de

Todo aquel a quien maltrata
el mandarín que domina,
el que tiene hambre canina
de justicia y de batata;

[...]

todo el que *pega es mojado*
y todo el que *paga es seco*.⁶

Fernández Juncos de esta forma dirigía el foco del conflicto de lo meramente étnico, hacia cuestiones generales de justicia cívica.

DE LA LUCHA CÍVICA AL PARTIDO DE MASAS

El grupo autonomista que subió al poder en 1897 al conceder España la Carta Autonómica, convertido para entonces en Partido Liberal, se proclama heredero de esa tradición autonomista. Esto fue así a pesar de que los más radicales profesionales y periodistas (incluyendo al propio Fernández Juncos) se separaron del Partido Liberal en repudio a su fusión con el Partido Liberal Español por considerar que su líder Práxedes Mateo Sagasta difícilmente podía encabezar un movimiento de orientación sinceramente liberal, cualidad que veían contenida sólo dentro de la tradición republicana española.

Sin embargo, la imagen que se proyectaba a la mayoría de los hombres adultos puertorriqueños que participó en las elecciones de marzo de 1898, poco antes de que estallase la Guerra Hispanoamericana, era la del triunfo abrumador del Partido Liberal en su papel de continuador de la política de reivindicaciones cívicas del autonomismo. Llegaban los puertorriqueños al poder después de derrotar a la oligarquía incondicional españolista que había dominado el país por más de dos décadas. Llegaban de forma democrática y convertidos en *partners* políticos del influyente Sagasta. "Gobernando nuestros hombres", decía el líder liberal Luis Muñoz Rivera, "claro es que gobierna el pueblo puertorriqueño."⁷

La imagen de triunfo de la democracia estaba mediatizada por la intensa campaña que desde el año anterior dirigía el Partido Liberal en ciudades, pueblos pequeños y barrios rurales. El equipo publicitario liberal magnificó la figura de Muñoz Rivera, responsable del pacto con Sagasta, como salvador de los puertorriqueños de la opresión. Un ejemplo que ilustra la fuerza que logró adquirir la figura de Muñoz Rivera en la imaginación popular lo vemos en la descripción periodística de la campaña en el poblado de Maunabo:

⁶ Citado por Cruz Monclova, *Ira parte*, pp. 296-298.

⁷ La democracia, 13 de marzo de 1897.

Entre 10 y 11 de la mañana de ayer domingo 23, llegó a este pueblo el distinguido jefe del partido liberal, don Luis Muñoz Rivera... Al llegar tan ilustrado puertorriqueño a la entrada de esta población, el pueblo se agolpaba a su paso, tomándole las riendas del caballo, vitoreándole entusiasmado...⁸

La comitiva de recepción portaba estandartes con el nombre del líder liberal, mientras que la clase obrera le preparó un arco de triunfo con los colores nacionales de España y las inscripciones de "¡Viva España! ¡Viva Puerto Rico! Los obreros de Maunabo saludan al jefe del partido liberal." El líder se dirigió al público desde el balcón de la casa de un conocido liberal local "en lenguaje sencillo, nada de retórica ni galanura" para recordar a los allí presentes que "al amparo de la bandera española" siguieran adelante hasta conseguir "lo que por derecho les corresponde..."⁹

EL DERRUMBE DEL LIBERALISMO CRIOLLO Y EL RÉGIMEN ESTADOUNIDENSE

Uno de los sucesos más importantes para entender los cambios abruptos de referentes simbólicos del 98 es la acelerada pérdida de legitimidad del Partido Liberal una vez alcanza el poder pocos meses antes de la invasión estadounidense. Es ineludible considerar las circunstancias de la grave crisis económica urbana y rural que se desató en el verano del 98, antes de la invasión, para explicar el abrupto cambio de lealtades. Se generalizó la sensación, si no de engaño, al menos de incapacidad del autonomismo liberal de cumplir las promesas de buen gobierno y justicia que le habían llevado al poder. Se generalizó el miedo al hambre y a la escasez en medio de una espiral inflacionaria sin precedentes, tendencia que se venía dando en Puerto Rico desde algunos años antes del 98, y que se intensificó como consecuencia de una serie de sucesos poco estudiados aún, como la salida al exterior de los capitales de grandes comerciantes incondicionales españoles derrotados tras la victoria del autonomismo liberal, o como el bloqueo de Estados Unidos al comercio marítimo de Puerto Rico tras el estallido de la Guerra Hispanoamericana en abril de 1898. Las experiencias fueron traumáticas. Se recibían en la capital noticias de que en algunos pueblos de la isla la hambruna causaba la muerte de muchas personas. En la capital, el gobierno colonial reprimía a los obreros que protestaban por la difícil situación económica, y en el campo la movilización de "partidas" rebeldes empezaba a verse fuera de control.¹⁰

El desembarco y despliegue de fuerzas militares estadounidenses por toda la isla se vivió como una especie de catarsis, una tragedia que propiciaba alivio y felicidad a los que se sentían amenazados por el hambre o por el caos social. Así, incluso la parte más renuente de la elite política e intelectual pudo asimilar el cambio a una nueva bandera protectora como una alternativa "racional", en completa armonía con el utillaje simbólico que manejaba. La bandera de las franjas y estrellas representaba la nueva "nacionalidad" que se asumía en afán disciplinario y con esperanzas de superación.¹¹ La dicotomía entre lo racional y lo sentimental se recoge en el cándido testimonio del médico y escritor liberal Cayetano Coll y Toste el día en que fue testigo desde el balcón de su casa en San Juan de la entrega del mando a las autoridades militares estadounidenses en la casa del gobierno. Coll y Toste, al decir adiós a la bandera de sus antepasados, sentía que su "corazón latino" le dictaba sentimientos de adhesión a España que su "cabeza sajona"

⁸ La democracia, 28 de mayo de 1897.

⁹ *ibid.*

¹⁰ Ver Rosario Natal (1998); Picó (1987a) y (1987b).

¹¹ El médico Esteban López Jiménez se referirá en sus memorias de este año como el del "cambio de nacionalidad". Carmen Dolores Hernández, "1898 ¡Y empezó la guerra! Los testigos", *El Nuevo Día*, Revista Domingo, 29 de marzo de 1998, p. 10.

le obligaba a descartar.¹² Esta actitud, además de propiciar una salida en dirección al orden público, estaba en consonancia con el discurso del progreso y de la superioridad racial de la "vigorosa raza anglo-sajona" que estaba profundamente arraigado en la mentalidad criolla liberal.

El proceso de la reconstrucción de identidades en el periodo inmediato se vivió de forma desigual entre la elite y la mayoría de la población. Como ha observado Fernando Picó, la invasión "suscita oportunidades, tropiezos, fracasos, abre brechas o corta posibilidades."¹³ Hubo expresiones de rechazo a todo lo español, ya en la forma de agresión popular en las "partidas sediciosas" que saquearon y destruyeron fincas cafetaleras de españoles, ya en los artículos periodísticos pidiendo la expulsión de los españoles de la isla.¹⁴ Francisco de Goenaga, criollo hijo de un militar español publicó uno de los más elocuentes testimonios de reproche a España:

Lo menos que pudo hacer este sufrido pueblo fue lo que hizo: asistir a la festiva despedida de vuestros barcos estivados de una falange numerosísima de enriquecidos empleados importados como mercancía de lance, de libre tráfico, como si en cuatro siglos de colonización no hubiese podido la población exhuberante de la isla producir abogados, médicos, artesanos, curas obispos, intendentes, provisos generales y oficinistas suficientes para bastarse a sí misma.¹⁵

Entre otros puertorriqueños de la elite letrada el afecto a lo hispánico adquirió especial dramatismo y se afirmó el empeño por seguir identificándose con una España supuestamente portadora de tradiciones familiares y valores espirituales. El médico Esteban López Giménez del pueblo de Pajardo confesará poco más tarde:

...sentía de todo corazón cambiar de nacionalidad; porque quise a España; no fui separatista, y si bien odiaba los gobiernos de España aquí, amaba a mi Madre Patria; a mi raza hispano latina; a mi religión católica apostólica romana; a mi idioma, tan rico, en el que he pensado, en el que me encomiendo a Dios...¹⁶

Pero Puerto Rico era una colonia poblada principalmente por habitantes pobres, analfabetos y de color, que vivían muy alejados de la Iglesia institucional participando poco de sus instituciones más centrales, como el matrimonio eclesiástico. Las afecciones al idioma y la "raza", que despertaban sentimientos tan intensos entre la elite criolla, no figuraban entre sus preocupaciones más esenciales.

Los líderes políticos se interesaron más en recuperar el control de sus seguidores y en resucitar las identidades políticas que permitían la coexistencia de lealtades nativas con la adhesión a una gran "nación" protectora. Se apresuraron a modificar las bases programáticas de sus respectivos partidos compartiendo la esperanza de participar en la toma de decisiones que ahora recaía en el gobierno militar estadounidense. Sin duda decepcionados por el desenlace caótico que había tenido la primera experiencia de gobierno autónomo con sufragio universal masculino debido al repentino brote de violencia campesina, los líderes apoyaron la decisión del gobierno militar de conceder el derecho al voto sólo a la población masculina alfabetizada, poco después ampliado para incluir a todos los contribuyentes al tesoro.¹⁷ La disposición electoral restrictiva se mantuvo hasta 1904.

¹² Cubano (1997) p. 652.

¹³ Picó (1998) p. 11.

¹⁴ Ibid. p. 14.

¹⁵ De Goenaga (1899) p. 18.

¹⁶ Citado por Hernández "1898 ¡Y empecé ...", vid. nota 11.

¹⁷ Ver las afirmaciones del líder del Partido Liberal Luis Muñoz Rivera ante el Comisionado Henry K. Carroll. *Report on the Island of Porto Rico. Its Population, Civil Government, Commerce, Industries, Production, Roads, Tariff and currency, with recommendations by Henry K. Carroll, submitted to Hon. William McKinley, President of the U. S., Oct. 1899, p. 236.*

Entre 1899 y 1904 los electores urbanos alfabetizados, profesionales y artesanos, dominaron el escenario político. Estaban agrupados ya desde finales de la dominación española en el grupo radical del autonomismo tradicional que nunca había abandonado el republicanismo español. Se agruparon en octubre del 98 en el Partido Republicano y ocuparon en 1900 todos los escaños de la Cámara legislativa local llamada Cámara de Delegados y creada por disposición de la nueva ley constitucional de ese año, la Ley Foraker.¹⁸ Se sintieron dispuestos a aceptar para Puerto Rico por tiempo indefinido la condición de "territorio no incorporado" de Estados Unidos sujeto a la voluntad de un Congreso legislativo en Washington en el que no participaban, porque esa era decisión unilateral del gobierno norteamericano. Sin embargo, afirmaron en su programa la aspiración de convertir la isla en estado de la Unión norteamericana. El nuevo Partido Republicano se vio favorecido por la nueva administración y por la desmoralización dentro de las filas del antiguo Partido Liberal tras la crisis del 98 y su incapacidad de movilizar apoyo masivo rural. Durante el acto de fundación de su nuevo partido, los republicanos juraron, "entre vítores y aclamaciones", acatamiento a la Constitución de los Estados Unidos.¹⁹ Al hacerlo apelaban a la ilusión de pueblo "libre" que intentaron validar mediante cambios legislativos modernizadores (juicio por jurado, becas para estudiantes puertorriqueños en Estados Unidos, entre muchos otros) realizados al apoderarse en 1900 del organismo legislativo.

Para los republicanos del 98 la nueva identidad nacional conllevaba modificaciones culturales sustanciales:

...esta nación, por más que originalmente fue constituida por infinidad de razas heterogéneas de distinto origen, costumbres y lenguas, tiene hoy un idioma común homogéneo y desde luego exigirá que nuestro pueblo hable inglés antes de admitirlo en la unión como Estado.²⁰

Buena parte de la población urbana acogía el idioma inglés con entusiasmo y lo mezclaba con el español en las conversaciones cotidianas. Estas transgresiones lingüísticas eran motivo de indignación para intelectuales como Matías González García. Su crónica social publicada en 1918 se nutrirá de memorias del 98 en las que, entre otros temas, recuerda en tono de burla la perplejidad que le ocasionaba el snobismo de los que querían ascender socialmente y para ello trataban de impresionar a sus interlocutores incorporando disparatadas frases en inglés.²¹

La posibilidad de absorción cultural, según la percibió la imaginación criolla, amenazaba mucho más que meramente el idioma; ponía en peligro el modelo de familia patriarcal, la religión institucional y las relaciones sociales jerarquizadas que habían estado en la base ideológica menos obvia del liberalismo criollo finisecular. La población criolla profesional menos identificada con lo que imaginaba era el tipo de vida estadounidense, lo vio incompatible con las tradiciones criollas. Posiblemente tras esta postura se desplegaba la defensa de un espacio de hegemonía económica terrateniente²² y profesional letrada, a la vez que una afirmación de po-

¹⁸ Para un estudio de la composición de la Cámara de Delegados ver Luque (1997), pp. 711-713. Para la movilización de sectores populares urbanos a favor de la nueva administración ver Negrón Portillo (1990).

¹⁹ Pagán (1972) v. 1, p. 34.

²⁰ *El País*, 5 de octubre de 1898.

²¹ González García (1953), "A raíz de la invasión", pp. 36-37.

²² Al respecto vale mencionar la denuncia de Luis Muñoz Rivera, sobre las condiciones de la clase terrateniente durante los primeros años de la dominación norteamericana, refiriéndose seguramente a las regiones cafetaleras que sufrían la caída de los precios en el mercado internacional y no lograban competir en Estados Unidos con las importaciones de café de bajo precio provenientes de otros países latinoamericanos: "Familias que en 1898 vivían sobre tapices de opulencia, en 1904 mueren sobre harapos de indigencia." Pagán (1972, vol. I p. 100). En las regiones azucareras, en cambio, muchas familias de plantadores y dueños de centrales lograban prosperar y detener la expansión de las corporaciones estadounidenses. Ver Giusti (1996) pp. 211-224.

der social en reacción al interés que mostraban algunas mujeres de la elite criolla urbana por participar en la vida política, y a la movilización de numerosos trabajadores y trabajadoras urbanos que se unían a agrupaciones obreras y articulaban ideologías propias. Los nuevos sectores de opinión feminista y laboral estuvieron atentos a las posibilidades de cambio implicadas en la unión a Estados Unidos, un país donde mujeres y trabajadores gozaban de oportunidades de educación y constituían un sector importante de presión.²³

Los que asumieron la defensa del idioma español y de tradiciones patrias que imaginaban españolas sólo en su origen, daban forma con fuerte carga emocional a la categoría de lo puertorriqueño. La España de actualidad ya no era, naturalmente, un referente central; sólo su herencia era relevante y se percibía como muro de contención contra la "americanización". Así, confesaba Rafael Hernández Uscera en 1922 al reconstruir las experiencias de su niñez en el 98, que tras la invasión los niños naturales de Puerto Rico, lo mismo los de la ciudad que "los infelices que habitaban en los bohíos" unidos a los hijos de los españoles residentes ("que antes no jugaban con nosotros" añadía) olvidaron sus diferencias de antaño y se fundieron en una sola voz para exclamar "¡Queremos ser puertorriqueños, queremos conservar nuestro idioma sonoro y nuestras tradiciones!"²⁴ En la memoria de la elite letrada y propietaria se fundían el imaginario hispánico y el criollo en una sola categoría nacional puertorriqueña.

Los liberales criollos cambiaron el nombre de Partido Liberal por el de Partido Federal (hasta 1904). Se declararon fieles a la nueva "nación protectora" pero asumieron el papel de "afirmar lo puertorriqueño en el seno de la nacionalidad americana y al amparo de la constitución federal."²⁵ Vale examinar dos aspectos distintos dentro de esta declaración de propósitos. Por un lado, reconstituye la estructura simbólica civil que les había garantizado el éxito en la última década del siglo XIX. Los liberales jugaron el papel de oposición crítica al gobierno dominado por estadounidenses y republicanos en el ejecutivo y la Cámara legislativa respectivamente. Esgrimieron argumentos basados en principios racionales de justicia, altamente integradores, destacando el derecho de los puertorriqueños a gobernarse a sí mismos sin intervenciones del ejecutivo nombrado en Washington. Declararon su deseo de abrir las puertas de los ámbitos directivos del partido a los "hombres inteligentes y virtuosos, no importa cuáles sean, ni lo que signifiquen por razón de su oficio y de su raza."²⁶

La defensa de lo "puertorriqueño" llegó a abarcar asuntos muy concretos que afectaban a diversos sectores a un nivel muy local. Explicaba el líder Luis Muñoz Rivera en una carta pública dirigida al Presidente de los Estados Unidos:

Los municipios no pueden designar los profesores de sus escuelas, porque en la designación interviene el Comisionado de Enseñanza; ni los médicos de su distrito, porque ha de consultarse al Comisionado de Sanidad; ni los vigilantes de sus barrios, porque el gobernador escoge a todos los individuos de la Insular Police, y no se consiente a los pueblos tener policía propia...²⁷

Sin embargo, cabe notar por otro lado, que el concepto de "puertorriqueñidad" que propul-saban los liberales criollos estaba fundamentado en la idea de un Puerto Rico que debía condensar las tradiciones más conservadoras, supuestamente adquiridas por herencia española, cargadas de contenidos racistas y de nociones jerárquicas que ya muchos puertorriqueños y puer-

²³ Barceló Miller (1997); García, y Quintero Rivera (1982).

²⁴ Citado por Hernández, "1898 ¡y empezó la guerra!", p. 12.

²⁵ Pagán (1972) vol. I, p. 40.

²⁶ Ibid. p. 47.

²⁷ Pagán (1972) vol. I, p. 82.

torriqueñas se resistían a aceptar porque, lejos de ser una inofensiva herencia cultural, reproducían relaciones de poder opresivas. Así, los liberales manejan ideas de supremacía y dirigismo cultural que desvirtuaban los propósitos integradores de su propio proyecto criollo.

En las elecciones de 1904 los liberales lograron finalmente acaparar los escaños legislativos de la Cámara de Delegados, control que ejercerán hasta la década de 1920. Habían disuelto el Partido Federal que fundaran en 1899 para constituirse en el Partido Unión, una coalición de liberales y republicanos disidentes capaz de movilizar el voto campesino y jornalero que masivamente se incorporaba al proceso electoral tras ser aprobada nuevamente ley de sufragio universal masculino en 1903. El triunfo del Partido Unión significaba la recomposición del consenso electoral universal masculino logrado en 1898 bajo la soberanía española. El Partido victorioso pretendía representar la "unión" de todos los hombres adultos puertorriqueños "para defender a todos" atacando los problemas más inmediatos: "No hay aquí ciudadanía y necesitamos obtenerla; no hay riqueza y necesitamos restaurarla; no hay libertad y es preciso fundarla; no hay patria y urge... que la formemos nosotros."²⁸ Se rescataba la imagen de la lucha contra los "mojados", los forasteros que venían a ocupar el lugar de los nativos: "observen de que modo se desplaza la gente nativa y se abre sitio a la gente forastera."²⁹

El Partido Unión rescató las estrategias y los ideales pragmáticos del liberalismo de 1897 que habían dado forma a un partido de masas liberal mediante el lenguaje de las "libertades públicas" y los deberes patrióticos. Pero en otros sentidos menos estudiados, dio forma a un partido vertical y jerárquicamente estructurado.³⁰ El fondo tradicionalista pocas veces salía a la luz, mientras el ritual cívico y el lenguaje del "patriotismo noble y viril" exaltaban la imaginación de los hombres políticamente involucrados y daban justificaciones a políticas conservadoras que prevalecían en la Cámara de Delegados bajo el control unionista.

²⁸ Ibid. p. 102.

²⁹ Ibid. p. 100.

³⁰ Para el fondo doctrinal del Partido Liberal de finales del dominio español ver Cubano (1998).

BIBLIOGRAFÍA

- BARCELÓ MILLER, María de Fátima (1997) *La lucha por el sufragio femenino en Puerto Rico, 1896-1935* Centro de Investigaciones Sociales-Ediciones Huracán, Río Piedras.
- CRUZ MONCLOVA, Lidio *Historia de Puerto Rico* (siglo XIX)
- CUBANO, Astrid (1997) "Criollos ante el 98: la cambiante imagen del dominio español durante sus crisis y caída en Puerto Rico, 1889-1899", *Revista de Indias*, LVII, n° 211, pp. 637-655.
- CUBANO, Astrid (1998) "Political Culture and Male Mass-Party Formation in Late Nineteenth Century Puerto Rico", *Hispanic American Historical Review*, noviembre-diciembre 1998 [en prensa].
- DIÁZ SOLER, Luis Manuel (1960) *Rosendo Matienzo Cintrón. Orientador y guardián de una cultura* Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, 2 volúmenes.
- ELIZABURU VIZCARRONDO, Manuel (1971) "El sentimiento de nacionalidad", en *Personalidad y obra de Manuel Elizaburu Vizcarrondo. Prosas, poemas y conferencias* Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, pp. 274-307.
- GARCIA, Gervasio L., y QUINTERO RIVERA, A. G. (1982) *Desafío y solidaridad. Breve historia del movimiento obrero en Puerto Rico* Ediciones Huracán, Río Piedras.
- GIUSTI CORDERO, Juan A. (1996) "En búsqueda de la nación concreta: el grupo español en la industria azucarera de Puerto Rico, 1890-1920" en NARANJO, Consuelo, PUIG-SAMPER, Miguel Angel, y GARCIA MORA, Luis Miguel *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98* Doce Calles, Madrid, pp. 211-214.
- DE GOENAGA, FRANCISCO (1899) *Los sepultureros de España en Puerto Rico* Imprenta Boda y Comp., Puerto-Rico.
- GONZALEZ GARCIA, Mattas (1953) *Cosas de antaño y cosas de ogaño* Editorial Orión, México.
- LUQUE, María Dolores (1997) "Los conflictos de la modernidad: la elite política en Puerto Rico, 1898-1904", *Revista de Indias*, LVII, n° 211, pp. 711-713.
- NEGRON PORTILLO, Mariano (1990) *Las turbas republicanas, 1900-1904* Ediciones Huracán, Río Piedras.
- PAGAN, Bolívar (1972) *Historia de los partidos políticos puertorriqueños, 1898-1956*, M. Parcja-Montaña, San Juan, 2 volúmenes.
- PICO, Fernando (1987a) "Transgresiones populares de los espacios públicos urbanos en el 1898 puertorriqueño", en GONZALEZ VALES, Luis E. (ed) *1898. Enfoques y perspectivas* Academia Puertorriqueña de la Historia, pp. 337-349
- PICO, Fernando (1987b) *1898. La guerra despues de la guerra* Ediciones Huracán, Río Piedras.
- PICO, Fernando (1998) *Cada Guaraguao. Galería de oficiales norteamericanos en Puerto Rico (1898-1899)* Ediciones Huracán, Río Piedras-
- ROSARIO NATAL, Carmelo (1998) *Los pobres del 98 puertorriqueño* Producciones Históricas, San Juan.
- TORRES OLIVER, Luis "La autonomía y sus efectos políticos en la ciudad de San Germán", en HERNANDEZ CRUZ, Juan F. (ed) *Centenario de la Carta Autonómica de Puerto Rico (1897-1997)* Círculo de Recreo de San German y Fundación Puertorriqueña de las Humanidades, San Germán.